

y una conclusión. Después de describir en el primer capítulo "El medio geográfico y la historia temprana del desarrollo imperial de Tetzococo", pasa el autor a ocuparse de lo que es realmente su tema: los asuntos legales, leyes, reformas y política en Tezcoco. Entre otras cosas investiga cómo los sistemas legales de este señorío contribuyeron tan hondamente a estructurar lo que llama él "el imperio en sus niveles superior e inferiores, dentro de su organización política y social". Para quienes se especializan en lo que cabe describir como etnohistoria social de Mesoamérica, los capítulos del 2 al 5 son ricos en nuevas formas de indagación, con apoyo siempre en fuentes documentales de primera mano. Para los estudiosos de la "antropología del derecho" y para aquellos que se ocupan de la "jurisprudencia comparada" resultará particularmente atrayente el capítulo sexto, intitulado "Los desarrollos y maduración del sistema legal tetzcocano: principios de la jurisprudencia tetzcocana".

Como lo muestra el autor, la legislación tezcocana, sobre todo después de las reformas introducidas por el sabio gobernante Nezahualcóyotl, regulaban el comportamiento de muchas formas de proceder, y establecían además cómo podían resolverse en los tribunales diversos géneros de pleitos y disputas. En opinión de Offner, este sistema legal tan cuidadosamente estructurado fue factor determinante en los principales aspectos de la interrelación social: organización de los calpulli, diferencias de clase, relaciones de parentesco, tenencia de la tierra, patrones de asentamiento, mercados y comercio, disposiciones de procedimiento y, en general, otros muchos aspectos vinculados con las estructuras y procesos sociopolíticos.

En esta obra, cuyo contenido guarda estrecha correspondencia con lo que se anuncia en su título, se someten a una evaluación crítica no pocos de los clichés que han tenido cierta vigencia en lo que toca al conocimiento de las estructuras sociales del México prehispánico. El empleo cuidadoso de las fuentes al alcance ha llevado a Jerome A. Offner a elaborar un libro que sin duda será leído y discutido por no pocos estudiosos y por otras muchas personas interesadas también en las antiguas culturas del Nuevo Mundo.

Gussinyer i Alfonso, Jordi, *Los aztecas. Un pueblo de guerreros*, Barcelona, Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 1984, 142 p. + ilustraciones.

Dada la vinculación existente entre la Antropología y el colonialismo, no resulta extraño que la independencia de la Nueva España provo-

vocara la desaparición de las investigaciones españolas en el campo de la cultura náhuatl. Por fortuna, esta situación tiende a desaparecer, puesto que, hoy en día, son muchos los antropólogos hispanos que se interesan por las antiguas civilizaciones del Anáhuac. *Los aztecas. Un pueblo de guerreros* se enmarca, pues, dentro del resurgir de la mexicanística en la Península Ibérica.

La obra del doctor Gussinyer estudia la historia política de los tenochca, una de las facetas más interesantes y menos investigadas de esta brillante civilización precortesiana. La elección del tema me parece acertada por dos razones: Primero, ha sido abordado por pocos autores, y, segundo, los acontecimientos políticos permiten explicar numerosos fenómenos que escapan a la interpretación económica (v. gr.: exigencias tributarias diferentes para ciudades asentadas en el mismo ecosistema).

El libro se divide en siete partes bien diferenciadas. Las dos primeras, de carácter introductorio, describen someramente los rasgos culturales de Mesoamérica y la historia pre-azteca del Altiplano Mexicano. Las cinco restantes están dedicadas a narrar el ascenso, auge y caída del Pueblo del Sol. La periodificación empleada por el estudioso catalán difiere algo de la utilizada por la mayoría de los aztequistas, porque si bien respeta las etapas tepaneca, expansionista y cortesiana, divide la más antigua —la fase migratoria— en dos subperiodos, intitulados *La Peregrinación* y *El asentamiento definitivo de Anáhuac* (sic). La Peregrinación englobaría los años transcurridos entre la salida de Aztlán y la llegada a Tollan; el asentamiento, que finaliza con la fundación de Tenochtitlan, comprendería las aventuras y desventuras de los mexica en sus vagabundeos por el Valle de México.

A mi entender, el principal mérito del trabajo reside en esta clasificación. La estructuración de la historia preurbana en dos grandes estadios posee un gran valor operativo, pues no sólo permite diferenciar los sucesos claramente míticos de los “probablemente” históricos, sino que también proporciona el marco tempo-espacial necesario para interpretar el paso de una economía cazadora-recolectora a otra de tipo agrario y mercantil. Sin embargo, pienso que el autor debería haber explicado las razones que le impulsaron a adoptar esta periodificación.

Ahora bien, *Los aztecas. Un pueblo de guerreros* presenta bastantes errores de índole tipográfica, metodológica y de información.

El sistema de notación se limita a la mención del autor, ignorando

los restantes datos. Omisión tanto más imperdonable cuanto que los títulos no se recogen en la bibliografía final.

Los vocablos nahuas, por su parte, reciben un pésimo tratamiento, ya que, sea por errata o por desconocimiento lingüístico, la mayor parte de los nahuatlismos se reproducen de manera errónea. Por ejemplo, el doctor Gussinyer no sigue ninguna regla con los plurales nahuas, utilizando, anárquica e indiscriminadamente, las formas correctas (mexica, macehualtin...) y las corruptas o castellanizadas (mexicas, colhuaques...)

Otro de los aspectos discutibles de la obra reside en la visión dicotómica, casi maniquea, que el profesor barcelonés nos ofrece de la historia precortesiana. Aunque la investigación arqueológica y etnohistórica ha demostrado la debilidad de algunos conceptos tradicionales de la Mesoamericanística, estas ideas siguen siendo el hilo conductor del libro publicado por la Universidad barcelonesa.

El centralismo militarista e imperialista no se limita, como apunta el doctor Gussinyer, a las Tierras Altas. Por desgracia, la guerra y sus trágicas secuelas también se manifiestan con fuerza en las Tierras Bajas, a pesar de que éstas estuvieran gobernadas por "una teocracia sabia, culta e inteligente" (pág. 19) partidaria de la descentralización política.

Por lo que respecta a la Conquista, las páginas dedicadas a ella se asemejan más a los panfletos producidos por la Leyenda Negra que a las modernas interpretaciones de la crítica histórica.

La empresa cortesiana no es una aventura caballeresca, como pretendiera W. H. Prescott en su magistral *Historia de la Conquista de México*, pero tampoco esa sucesión de "rapiñas, saqueos, destrucciones y matanzas" (pág. 132) descritas por el antiguo arqueólogo del I. N. A. H.

La postura que el doctor Gussinyer atribuye a los tenochca tampoco se ajusta a la realidad. Basta con ojear las crónicas para refutar la hipótesis de que los señores mexicanos pretendían "llegar a soluciones beneficiosas para ambas partes" (pág. 134). La prueba de ello se encuentra en la ejecución, mencionada por varios cronistas, de los nobles que propugnaba un pacto con los castellanos.

No hay duda de que las simpatías del profesor catalán están más cerca de los cultos teócratas costeros que de los militaristas pobladores del interior, de aquellos que, al decir del tezcocano Pomar, andaban siempre "arreados a la soldadesca y fanfarronamente". Asimismo, el autor adopta una apasionada actitud filomexica —muy

loable, pero poco científica— en el conflicto que enfrentó a los habitantes de Tenochtitlan con los hombres del Pendón Carmesí.

Personalmente, no puedo evitar relacionar estas ideas con la interpretación que se hace de la historia de España en la periferia de la Península Ibérica. Estaré equivocado, pero tengo la impresión de que el doctor Gussinyer identifica —de manera inconsciente, por supuesto— situaciones tempo-espaciales diferentes.

Una lectura rápida de *Los aztecas. Un pueblo de guerreros* proporciona una visión negativa. Hay —y esto es indiscutible— demasiados defectos y errores de toda índole. Sin embargo, tal interpretación no sería del todo justa, pues también se encuentran en sus páginas observaciones muy brillantes. Semejante contradicción podría explicarse si suponemos que el doctor Gussinyer, presionado por razones editoriales o de otra índole, no efectuó una segunda lectura del manuscrito. Esta conjetura, de ser cierta, permite disculpar las vacilaciones lingüísticas, el centenar de erratas, la nerviosa e imperfecta redacción y otros muchos aspectos criticables. Desgraciadamente, los fallos de documentación carecen de justificación posible.

GERMÁN VÁZQUEZ CHAMORRO
(Universidad Complutense. Madrid)

González Torres Yolotl: *El sacrificio humano entre los Mexicas*. Instituto Nacional de Antropología e Historia y Fondo de Cultura Económica, México, 1985. 329 p.

Las cruentas prácticas sacrificiales mexicas siguen llamando la atención de los investigadores pese a los siglos transcurridos desde su erradicación. Y no debe sorprendernos. Conforme avanza el estado de nuestros conocimientos sobre otros aspectos de la cultura, se hace más necesario revisar este ritual. La tribu, de organización poco evolucionada, que Bandelier describiera, aparece ahora como un complejo estado, con una organización social elaborada y una amplia y diversificada base económica. Conocemos mejor el imperio y su capital, Tenochtitlan. Hemos progresado en la comprensión del sistema tributario, del comercio, tanto local como de larga distancia, de la tenencia de la tierra. Sabemos más sobre la ciencia mexicana: medicina, astronomía, matemáticas, filosofía. Y también conocemos mejor el ritual: quienes participan en él, qué actividades realizan . . . Y justo ahí entra el sacrificio humano.

En el curso de la lectura del trabajo de Yolotl González compren-